Vivir el exilio

Después de la guerra civil española, Juana y su familia tuvieron que exiliarse a Ciudad de México. En esta ciudad, Juana, la narradora, estudia en una Academia de lenguas.

Las clases no me parecieron difíciles. Tenía unos profesores excelentes. El trabajo era estimulante, muy bien programado y perfectamente desarrollado. Pero lo que más me impresionó, lo que me hizo sentirme turbada¹ y me alteró por dentro fue el verme sumergida de pronto en un ambiente en el que se hablaba el español de mi infancia. Poco a poco había ido asimilando la suave tonalidad del acento mexicano: me había familiarizado con los giros² expresivos, llenos de vida, con las viejas palabras castellanas que creía nuevas porque nosotros las habíamos arrinconado en el olvido. Mi madre nunca perdió su acento, pero su voz era tan mía que no podía detenerme a analizar la diferencia con otras voces que me rodeaban. Al llegar a la Academia regresé a España, a la abuela, a mis amigos. Los alumnos eran en buena parte hijos de españoles exiliados. Muchos hablaban ya con acento mexicano pero los mayores todavía conservaban el viejo tono. Aprendí a distinguir ecos distintos del castellano: catalán, andaluz, vasco, gallego. Al regresar al lenguaje, regresé al país y al deseo de conocerlo algún día. No sé si mi madre pensó en esta reacción mía. No sé si la buscó al enviarme a un centro español para seguir mis estudios. Quizás inconscientemente trataba de acercarme a la tierra abandonada. Por entonces un profesor de lengua nos dijo un día, después de leer un poema: "Esto es lo único que no pudieron quitarnos, la palabra."

Profesores españoles, amigos españoles, casas españolas que se abrieron para mí con generosidad. Ciudad de México fue la oportunidad de acercarme a una patria que los exiliados evocaban una y mil veces para mantenerla nítida en el recuerdo. Una de mis compañeras de clase más queridas, Elvira, hija de médico, me invitaba a comer muchos domingos. Solían hacer ese día comida española que yo apenas recordaba, porque mi madre jamás intentó introducir ningún plato nuestro en los menús de Remedios³. La explicación la buscaba la misma Remedios y la encontraba enseguida: "Tu madre no quiere cocinar a la española porque no quiere recordar... Que los sabores traen los olores y los olores los lugares, y con esa carrerilla⁴ caemos en la pena más grande..."

Con Elvira y su familia fui reconstruyendo el rompecabezas de mi país, el mosaico de la vida cotidiana. Los padres de Elvira eran madrileños. Me contaban cómo era Madrid antes de la guerra y cómo se había ido agotando con los bombardeos y la escasez⁵, y cómo era la gente de Madrid, valiente y alegre; cómo aguantaban los ataques y luego salían a la calle para gritar: "No pasarán." Me hablaban del Retiro y de la Puerta del Sol, de la Ciudad Universitaria al atardecer, cuando el sol refleja su último resplandor en el rosa de los edificios y en el verde de los árboles...

Josefina R. ALDECOA, Mujeres de negro, 1994

5

10

15

20

25

30

35

¹ turbada : *troublée*

² los giros : *les tournures*

Remedios es la gobernanta en la casa de la madre de Juana

⁴ con esa carrerilla : *de fil en aiguille* 5 la escasez : *la pénurie, le manque*

COMMENTAIRE (10 points)

(2 heures)

I- Compréhension (6 points)

- 1. « Al llegar a la Academia, regresé a España. » (I.9-10)

 Precise la situación de la narradora y explique esta afirmación destacando dos elementos del texto.
- 2. Apoyándose en dos expresiones del fragmento, precise cómo la madre de Juana vivía el exilio.
- 3. Determine qué imagen de Madrid y de sus habitantes transmitían los padres de Elvira. Entresaque dos aspectos.

II- Production écrite (4 points)

Basándose en el fragmento, analice cómo Juana y los demás exiliados mantenían el contacto con sus orígenes. (Unas 250 palabras)

ESSAI (10 points)

(2 heures)

Demuestre cómo la comedia *Tres sombreros de copa* plantea la imposibilidad para los personajes de deshacerse de la presión social y alcanzar la libertad. (Unas 350-500 palabras)

18BACLLMLR1 Page: 3/3